

gó discretamente algunas preguntas para esclarecer las dudas, y salir de la curiosidad que evidentemente le aguijoneaba. ¿Quiénes éramos? ¿qué uniforme llevábamos? ¿cuál era el objeto de nuestro viaje? Estas preguntas, anunciadas con todos los giros indirectos y delicados á que es capaz de prestarse la lengua alemana, recibieron contestaciones cuyo sentido tuvo la suerte de adivinar nuestro compañero, á despecho de los reunidos esfuerzos de tres de nosotros para componer y pronunciar las mas cortas frases. Desde entonces se hizo la conversacion animada, en particular por parte del capitán, á quien no se ocultó que tenia de haberse las si no con diestros interlocutores á lo menos con un auditorio inteligente. Convirtiéndose con muy buena voluntad en nuestro *cicerone*, eligiendo con oficioso esmero, entre los objetos que se presentaban á la vista, los que podian ser mas interesantes para nosotros como franceses.

“Cuando hubimos dejado atras los lindos pueblos de Simmering y de Neugebande, el capitán llamó nuestra atencion hácia la márgen derecha. Ese campanario puntiagudo cubierto de hierro, nos dijo, es del lindo pueblo de Ebersdorff que se halla detras de esa arboleda. En 1809 estuvo ahí durante algunos dia el cuartel general de Napoleon, y de

esa grande isla de la izquierda se arrojaba el ejército frances hácia los tres puentes tan audazmente echados sobre el rio. Entonces, señores, añadió, vosotros seriais muy jóvenes, pero yo fuí testigo de todos esos acontecimientos. En el mismo punto por donde pasamos, el Danubio ha traído aguas ensangrentadas, y durante mas de un dia terribles cañonazos estremecieron ambas riberas. Mientras que el capitán hablaba, contemplábamos la isla de Loban hoy tan verde y apacible, y el encantador pueblo de Ebersdorff en donde se alza una fábrica de obras metálicas y otra de filatura. La naturaleza y la inteligencia humana no han dejado subsistir ningun vestigio de las gloriosas y sangrientas batallas que desolaron aquella hermosa comarca. Tal es la fuerza reparadora de esos dos eternos poderes: mientras que los viejos guerreros de Esslingen y de Loban van cayendo cada dia á los golpes del tiempo, crecen en esos campos heroicos árboles vigorosos y llenos de savia, y una generacion nueva vuelve á levantar lo que sus padres destruyeron.

“Más abajo se presenta Petronell, pueblo que ocupa en la márgen derecha el sitio de la antigua Carnuntum. Nuestro capitán nos aseguró que las escavaciones hechas en los terrenos inmediatos descubren comunmente fragmentos de obras romanas.

Tambien habló de un arco de triunfo á que dan el nombre de Puerta Pagana (Eidenthor), cuya construcción se remonta á Tiberio, y que fué levantado como monumento de la conquista de la Pannonia. A todas las oficiosas indicaciones del capitán respondimos con algunas palabras, que él interpretaba como muestras de sinsabor por sernos imposible visitar esas interesantes ruinas.

“Hacia el medio dia navegábamos en medio de un paisaje mas severo. El Danubio, que allí solo tiene un lecho, ha tomado una anchura imponente: hacia la derecha lo estrechan elevadas colinas, y avanzan acá y acullá en sus aguas algunas masas de rocas, como promontorios. Al momento se nos presentó la pequeña ciudad de Haimburgo puesta en una hondonada pintoresca, y á la cual domina una ciudadela convertida en ruinas que corona una montaña redonda. Desde esa ciudadela baja hacia la ciudad y forma su recinto una muralla con sus correspondientes almenas y flanqueada de torres. Esta fortificación, que recuerda la infancia del arte, el estilo de aquellas murallas con crecido número de almenas, la construcción de las torres dispersas acá y acullá por los alrededores, parecen estampadas con el carácter de la arquitectura oriental. Haimburgo destruida dos veces por las invasiones de los

turcos, ha sido reedificada otras tantas, y hoy está floreciente y se han levantado en ella crecido número de edificios. Felizmente puesta en el fondo de una pequeña ensenada, forma, vista desde el Danubio, un cuadro agradabilísimo. Segun noticias la pueblan dos mil ochocientos habitantes, y tiene una fábrica de tabaco que produce cada año doscientos mil quintales. En esta ciudad, en que todo respira bienestar y ventura, dejamos al complaciente y erudito capitán, cuya compañía echamos de menos.

“Un poco mas abajo está situado Wolsfthal, pueblo austriaco en los confines del imperio y que fija los límites del mismo. En la márgen opuesta señala la frontera de un modo mas evidente una inmensa peña coronada de pintorescas ruinas. Aquel enorme pedrusco suspendido perpendicularmente sobre las aguas del rio es la estremidad de la cordillera del pequeño Karpato que viene del Nordeste en línea recta y forma el límite entre la Moravia y el reino de Hungría. El rio March, cuyas aguas son amarillentas, despues de haber regado por medio de los riachuelos que en él desembocan toda la hoya morava, se pierde en el Danubio al mismo pie del imponente peñasco que hemos citado. El realce que en la márgen derecha corresponde á esta arista inferior del Karpato, es apenas notable por

algunos pezones que se van humillando hasta el nivel de las llanuras situadas al Sud del Danubio: y por esta grandiosa abertura entra el rio austriaco en el reino de Hungría, cuyos ricos prados riega abundantemente.

“No lejos del grande peñon, defendido antiguamente por un castillo, cuyos escómbros subsisten, hemos desembarcado en el lugarejo de Theben, que dá nombre á todo el promontorio. Eran las dos, y nuestros barqueros, para no faltar á sus regulares hábitos, quisieron comer bajo el emparrado de una taberna inmediata á la playa. El imperioso deseo de recorrer las magníficas ruinas que dominan el pueblo nos decidió á subir por el punto mas inmediato la escarpada cuesta que de ellas nos separaba. Bien pronto nos hallamos dispersos y escalonados en esa rápida pendiente, y cuando echamos una ojeada á nuestro alrededor no pudimos menos de notar cómo los gustos y la aptitud señalaban su puesto á cada uno de nosotros en aquel instante en que por primera vez pisábamos una tierra entregada á nuestras investigaciones. M. Huot, poco encumbrado todavía, golpeaba tenazmente una peña á fin de separar la primera muestra del suelo húngaro; el Dr. Léveillé, detenido en su ascension por la variedad y hermosura de los vegetales que enta-

pizan la colina, tenia ya una copiosa muestra de la Flora local; Rousseau acechaba al paso los lagartos y los reptiles espantados por nuestra invasion; y los desventurados animales que caian en sus manos, compraban con una muerte convulsiva en el alcohol, el futuro honor de figurar en una coleccion: á cien piés encima de nosotros, Raffet tomaba por asalto una torrecilla que se lanza como un faro y que, con no poca envidia, habiamos mirado un cuarto de hora antes al lamer la base del promontorio de Theben. El sol achicharraba, y no llegamos al centro de la vieja fortaleza sin emplear terribles esfuerzos. Antes de penetrar en la esplanada fué preciso ir atravesando muchas líneas de escombros que parecian amontonados allí por la esplosion de minas; pero cuando se alcanza el punto mas alto, que es una especie de azotea bastante bien conservada, queda compensado el cansancio de la subida. A cuatrocientos piés de profundidad debajo del espectador, el March se mezcla con el Danubio, sin perder durante largo espacio la cenagosa tinta de sus aguas, y en un horizonte vaporoso se distinguen á lo lejos hácia el Oeste las coloreadas llanuras del Austria, los mil brazos del Danubio y sus verdes islas. A poca distancia, y en la parte de Este, se descubre Presburgo protegida por un castillo blanco

que la domina, y mas allá, entre el horizonte nebuloso se dejan adivinar las confusas líneas de las montañas.

“Cuando reunidos, por último, en la cumbre de las ruinas hubimos contemplado con satisfacción completa aquel hermoso sitio, tomamos lentamente el camino de Theben, y pudimos hallar algún descanso en el negro y algo infecto chiribitil en donde habian comido los patrones y pasajeros que ahora fumaban bebiendo con envidiable calma vasos de bonísima cerveza, sin que les importaran un pito los castillos ni las ruinas. Ofrecia ese rústico figon una escena muy característica. Por primera vez se nos presentaban la vestimenta archa y grosera de los labriegos húngaros, sus grandes sombreros de fieltro, y su moreno y varonil rostro que podian ser objeto de un hermoso estudio de dibujo y de colorido. Mucho deseo teniamos de interrogar á esos graves y atléticos habitantes acerca del antiguo castillo de Theben y de su historia, pero no hallábamnos medio de conversar con esas gentes, que por estar á 500 toesas de la frontera de Austria no entendian una palabra de todo el aleman que gastábamnos en comun para preguntarles. No obstante, hemos de convenir en que nos escucharon con calma y hasta con gusto, sin soltar la impaciente son-

risa con que los mas flemáticos alemanes suelen responder á los desesperados esfuerzos de un frances que procura darse á entender. Si bien arriesgamos una prueba en latin, lengua por tanto tiempo vulgar en Hungría, no adelantamos un paso, pues ese idioma tradicional se pierde de dia en dia, y prodigamos en balde nuestras reminiscencias del colegio. Al fin el huésped, por medio de una lengua, singular mezcla de muchas, nos hizo saber que las ruinas llevaban el nombre de castillo de los caballeros [Ritter Schloss] nombre poco significativo, muy comun en Alemania, y que no esplican los guías ni los itinerarios publicados relativamente al Danubio, en los cuales se dice simplemente que Theben está dominado por un castillo notable por su antigüedad. Un judío, pasajero como nosotros, añadió: que el fuerte arruinado en 1809, habia servido de atrincheramiento á los austriacos contra los franceses, y que desde entonces está abandonado.

Cuando se trató de seguir el viaje, los aduaneros húngaros presenciaron nuestro embarco; pero bastóles nuestra palabra de que no introduciamos en el reino ningun género que pagase derechos; como por otra parte se deducia de nuestro reducido equipaje científico colocado con esmero en el barco.

Separámonos de Theben, y á las seis de la tarde, cuando el Dr. Léveillé acababa una interesante lección que quiso darnos para describir las veinte especies de plantas recogidas en la montaña, llegá-bamos á una ribera árida al pié de las primeras casas de Presburgo. Al estar ya seguros de tener cama en una posada, en donde, y sea dicho de paso, no hubo medio de que el huésped nos diera la cena antes de la hora oficial, hicimos buscar un guía, quien ante todo nos dirigió al castillo que, desde una posición elevada y pintoresca, domina Presburgo y sus alrededores. A falta de otro camino según supusimos, nos condujo el buen hombre á la ciudadela por una calle tortuosa, cuya población entera, agrupada en las puertas, nos saludaba con una oficiosidad harto decidida para que pudiésemos detenernos en parte alguna y observar tranquilamente la variedad de traje y de fisonomía que á la primera ojeada presentan los habitantes de aquel arrabal extraño. Llevan á la esplanada, sobre la cual se alza el añejo castillo, una puerta de construcción antigua y una cuesta bastante rápida. Todo lo que constituía una plaza fuerte ha sido desmantelado, y el castillo mismo, vasto edificio cuadrangular y flanqueado por una torre cuadrada en cada ángulo exterior, está completamente arruinado: á bien que

esa antigua fábrica jamás ha sido notable sino por su posición y su bella perspectiva. Sus cuatro fachadas, en que hay muchas ventanas en línea, le dan toda la apariencia de un cuartel: su arquitectura, como la de casi todos los monumentos públicos que hemos visto en Austria, es del estilo usado en el siglo XVIII, y en sus deslucidas paredes se perciben todavía algunos restos de florones y espirales cubiertos de un amarillo enmohecido. Los monumentos de ese tiempo no pertenecen á la clase de aquellos cuyas ruinas han de respetarse, porque esas ruinas afligen la vista, como toda decrepitud prematura, y todo marchitado vestigio de una afectación en otro tiempo opulenta. Los nobles y severos escombros que los años han amontonado en la cumbre de Theben, nos interesaron muy mucho; mas esta demolición del palacio de Presburgo es un espectáculo que entristece. A pesar de todo, en el tiempo de su esplendor, ese grandioso edificio desde lo alto de su bella posición, dominaba majestuosamente el río y la campiña. El paisaje que se extiende por el lado del Este y del Mediodía hasta el horizonte, y que en aquella hora comenzaba á perderse en la azulada tinta de la tarde, es sobremano hermoso. Mientras disfrutábamos de tan agradable vista, se nos acercó un hombre de poca talla,

de edad madura, y vestido entre paisano y militar, que saludándonos en frances nos dijo sin preámbulos y con aire singularmente brusco y mohino: Contemplais esta vasta perspectiva, señores franceses: ¿no es verdad que es bella? pero en cambio, este palacio es una bicoca vergonzosa que la dejan en pie no sé por qué motivo. En él notaréis los vestigios de un incendio, que os parecerá reciente, y sin embargo, tiene veintiocho años, esto es, data de 1809: todo ha quedado como al día siguiente del suceso: las gentes del país no se ocupan de los edificios. ¿Y sabéis por qué fué incendiado este castillo? Para hacer un balance de cuentas. En esa época de guerra se había reunido aquí un inmenso depósito de pertrechos militares; las cuentas del guarda almacén estaban muy enredadas: el castillo ardió en una noche, porque el fuego lo purifica todo y arregla también todas las cuentas.

—Caballero, dijo uno de nosotros, parece que juzgais con mucha severidad á los hombres de otra época, que segun las apariencias fueron vuestros contemporáneos y probablemente vuestros compatriotas.

—Teneis razon, contestó, yo soy húngaro y viejo: tal como me veis serví á Napoleon, y esto os hará comprender que mis ideas no son las de mis

compatriotas.—¿Y vuestros compatriotas no tienen el criterio necesario para gustar de esas ideas?

—Vos lo habeis adivinado: y hé aquí que estamos disputando continuamente, y como no me entienden, el resultado es quedar yo mal en todas las cuestiones. Soy un pobre teniente, y á pesar de mi cabello gris, mi corazón es aún demasiado joven para mi tiempo y para mi patria. Hace un mes que por una ligera falta de disciplina me arrestaron en estas ruinas, y esto me ha proporcionado el gusto de encontraros en este sitio.

—A lo menos, señor mio, teneis para consolaros un admirable paseo y puntos de vista encantadores.

—Mis paseos se concretan á esta esplanada, y en cuanto á la perspectiva, no me llama la atención tanto como la injusticia que me persigue. En aquel momento llegábamos al extremo de la esplanada. Aquí estais, nos dijo, en el umbral de mi prisión y aquí debo detenerme. Os deseo completa felicidad en vuestro viaje. Al vernos bajar exclamó: ya comprendéis que si quisiera salir no me detendrían estas viejas murallas derruidas, pero he dado mi palabra de honor, y un soldado no debe faltar á ella.

—Nos separamos con disgusto de aquel extravagante prisionero, y mientras íbamos bajando decíamos: hé ahí un triste recluso digno de compasión,

porque ha concebido odio por los hombres y las cosas de su país, y no sabe ocultar ni aun á los extranjeros ese desnaturalizado afecto. ¿Qué nos diría ese misántropo, si en vez de un instante estuviésemos con él algunas horas? ¿Cómo podrá el viajero que observa someramente las costumbres y las instituciones de un país, recoger acerca de cualquiera materia las noticias indispensables para tranquilizar su conciencia? El modo de avalorarlas dependerá muchas veces del primer interlocutor alegre ó misántropo que le habrá deparado la suerte; y no carga luego con una gran responsabilidad, si narra, fundándose en datos que no pueden apoyarse en un exámen personal y desinteresado? En medio de tales pensamientos que herian mortalmente nuestras ilusiones y que nos aconsejaban mucha precaucion para escribir este viaje, observábamos tambien que las personas con quienes hablamos aquel primer dia, habian procurado dar á sus conversaciones, un giro que lisonjease la fibra nacional tan irritable en nosotros, segun dicen. El capitán, el judío de Theben y el melancólico teniente de la ciudadela, han sabido encontrar las fórmulas de cortesanía que son el matiz mas delicado de la hospitalidad, y consisten en hablar á los huéspedes del asunto que se supone debe halagarlos. Así, todas esas alusio-

nes á Napoleon y á su época, que debian sorprendernos en un país oprimido en otro tiempo por sus armas, no eran visiblemente sino una especie de benevolencia para con nosotros, y que debemos agradecer á las costumbres suaves y acomodaticias de los pueblos austriacos.

Al volver á la ciudad por otro arrabal que nos ha parecido particularmente destinado en ese dia de domingo, á las diversiones de la tropa, hemos admirado, más de una vez, el continente marcial, el despejo y la escelente disposicion de la infantería húngara, cuyo uniforme es en alto grado elegante. Consiste en casaca blanca con faldon corto, pantalon ajustado, de azul celeste, adornado con trenzas amarillas y negras, borceguíes que dibujan la parte inferior de la pierna, y un morrion á la vez cómodo y defensivo. Este traje, llevado por hombres generalmente muy bien formados, es uno de los mas sencillos y graciosos uniformes que pueden inventarse para la infantería. La ciudad de Presburgo que recorrimos entonces en el sentido mas largo, nos pareció medianamente poblada; las calles son ventiladas y espaciosas, aunque poco regulares, las casas modernas tienen bastante buena apariencia, si bien están fabricadas con materiales muy ligeros. Vimos el teatro, sólido edificio en que hay